especial para *El Financiero*, edición del 16 de julio de 1992
San Diego
miguel ángel granados chapa

En plena crisis (bueno, de algún modo hay que llamar a la grieta que se abrió en la tersa superficie de las relaciones entre las administraciones Bush y Salinas) provocada por el fallo de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, el huésped de la Casa Blanca invitó a su homólogo mexicano a reunirse. Si bien aquél había remitido a éste una carta en que se implica reconocimiento al secuestro de personas (pues anunció que esa conducta no se repetirá), la principal diferencia entre los dos gobiernos no se refería al futuro, sino al pasado, al hecho ya consumado de que un mexicano esté siendo juzgado en tribunales estadounidenses luego de haber sido ilegalmente capturado en México, en función de una maniobra urdida por una agencia gubernamental de los Estados Unidos. El encuentro ya se realizó, y el Presidente mexicano volvió a México con las manos vacías. En cambio, su conciencia ha de contener profundas reflexiones sobre la fragilidad de los lazos amistosos en tratándose de las relaciones internacionales, especialmente cuando un protagonista de ellas es el gobierno de los Estados Unidos.

La fecha, el lugar y la circunstancia del encuentro fue resuelto del otro lado de la frontera. Ha sido en aquel territorio donde principalmente se han reunido los dos Presidentes. No tiene que haber una rigurosa reciprocidad en ese punto, pero nueve de las diez veces en que se han hablado los mandatarios, ha sido fuera de México. Eso dice algo respecto de la inequidad de las relaciones. Más elocuente es el hecho de que el Presidente Bush hubiera hecho coincidir su cita con el Presidente Salinas con un acto de campaña. No otra cosa es, en efecto, su presencia en el juego de estrellas de beisbol, para lanzar la primera bola. Es seguro que, dada la cultura política norteamericana, sea propio que el Presidente de los Estados Unidos participe de ese modo en ese y otros hitos del deporte nacional. Pero en el momento en que la campaña electoral llega a un punto culminante (la Convención demócrata, cuya celebración ofrece un foro excepcional al candidato opositor al Presidente), todo lance público de Bush es parte de su intento de permanecer más allá de enero próximo de la Casa Blanca. Por eso tenía tanta prisa en concluir con la parte visible de su encuentro con el Presidente Salinas. Urgió, en efecto, a los reporteros a que formularan las preguntas que quisieran hacer (sólo cuatro, determinó, dos para cada quién), y él mismo respondió con brevedad, antes de instar de nuevo a los periodistas a que tuvieran en cuenta que debían irse al estadio Jack Morphy.

Antes, el pronunciar las palabras de cierre del encuentro en la cumbre, Bush había dedicado la totalidad de su intervención a hablar del comercio entre los dos países y el estado de la negociación para un tratado sobre la materia (cuyo avance fue ejemplificado en términos beisboleros diciendo que se estaba en la parte alta del noveno *inning*). Para la parte mexicana, ésa no iba a ser la parte sustantiva de la agenda. El vocero presidencial deslizó la semana pasada la versión extraoficial de que no siendo una reunión trilateral, el TLC apenas figuraría en las conversaciones. Cuando más se fijará una fecha para que se reúnan de nuevo los negociadores (como si para eso fuera necesaria la cita presidencial).

En el interrogatorio con la prensa, Bush fue obligado a manifestarse acerca del tema candente, el de Alvarez Machain y los secuestros. Salvo que la traducción sea indecuada, Bush simplificó tanto que tomó el pelo a sus oyentes, cuando explicó que "la Suprema Corte de Justicia determina las leyes en nuestro país". Como concepto general no es correcta la afirmación, pues el poder judicial aplica la ley al caso concreto, mientras que corresponde al Congreso la emisión de las normas generales. Y como excusa para su omisión es mala, porque a él, y a nadie más que él le corresponde decidir en este momento sobre Alvarez Machain. Fue tan evasivo como seguramente lo había sido en la conversación con el Presidente Salinas, porque éste se sintió compelido a explayarse en el asunto, sin pregunta expresa, y a pesar de la insistencia de Bush de concluir cuanto antes la conferencia de prensa. No dijo Salinas nada nuevo. Pero en el contexto en que lo repitió, quedaba claro que el encuentro se había frustrado. Reiteró que la sentencia de la Corte es "inválida e inaceptable, ...contraria a derecho internacional"; que Alvarez Machain debe ser repatriado; que la actuación policiaca norteamericana en México se constriñe a transitar información; que se pedirá revisar el tratado de extradición; que la oferta de Bush de no secuestrar más es bienvenida, pero se castigará con mayor energía a quien lo hiciera; y que se emprenderán acciones en foros multilaterales en torno de este asunto.

Y eso fue todo. Se anunció una reunión ministerial para ultimar detalles sobre el TLC. Pero no se avisó de una nueva consideración del caso del médico tapatío secuestrado, ni de las otras personas sustraídas de México contra la ley, y actualmente enjuiciadas en México. Es claro que la suerte de Alvarez Machain, por lo menos, está en manos de Bush. Así lo dijo expresamente la Corte en su resolución. Bush no se disculpó, no explicó, no prometió. Se puede conjeturar que la época electoral es impropia para asumir decisiones de ese

género, que satisfarán a unos pero incomodarán a otros. Y a la hora de los votos cuentan todos.

El Presidente Salinas viajó de balde.

San Diego

Miguel Angel Granados Chapa

En plena crisis (bueno, de algún modo hay que llamar a la grieta que se abrió en la tersa superficie de las relaciones entre las administraciones Bush y Salinas) provocada por el fallo de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, el huésped de la Casa Blanca invitó a su homólogo mexicano a reunirse. Si bien aquel había remitido a éste una carta en que se implica reconocimiento al secuestro de personas (pues anunció que esa conducta no se repetirá), la principal diferencia entre los dos gobiernos no se refería al futuro, sino al pasado, al hecho ya consumado de que un mexicano esté siendo juzgado en tribunales estadounidenses luego de haber sido ilegalmente capturado en México, en función de una maniobra urdida por una agencia gubernamental de Estados Unidos. El encuentro ya se realizó, y el presidente mexicano volvió a México con las manos vacías. En cambio, su conciencia ha de contener profundas reflexiones sobre la fragilidad de los lazos amistosos en tratándose de las relaciones internacionales, especialmente cuando un protagonista de ellas es el gobierno de Estados Unidos.

La fecha, el lugar y la circunstancia del encuentro fue resuelto del otro lado de la frontera. Ha sido en aquel territorio donde principalmente se han reunido los dos presidentes. No tiene que haber una rigurosa reciprocidad en ese punto, pero nueve de las 10 veces en que se han hablado los mandatarios, ha sido fuera de México. Eso dice algo respecto de la inequidad de las relaciones. Más elocuente es el hecho de que el presidente Bush hubiera hecho coincidir su cita con el presidente Salinas con un acto de campaña. No otra cosa es, en efecto, su presencia en el juego de estrellas de beisbol, para lanzar la primera bola. Es seguro que, dada la cultura política norteamericana, sea propio que el presidente de Estados Unidos participe de ese modo en ese y otros hitos del deporte nacional. Pero en el momento en que la campaña electoral llega a un punto culminante (la Convención demócrata, cuya celebración opositor al presidente), todo lance público de Bush es parte de su intento de permanecer más allá de enero próximo en la Casa Blanca. Por eso tenía tanta prisa en concluir con la parte visible de su encuentro con el presidente Salinas. Urgió, en efecto, a los reporteros a que formularan las preguntas que quisieran hacer (sólo cuatro, determinó, dos para cada quien), y él mismo respondió con brevedad, antes de instar de nuevo a los periodistas a que tuvieran en cuenta que debían irse al estadio Jack Morphy.

Antes, el pronunciar las palabras de cierre del encuentro en la cumbre, Bush había dedicado la totalidad de su intervención a hablar del comercio entre los

dos países y el estado de la negociación para un tratado sobre la materia (cuyo avance fue ejemplificado en términos beisboleros diciendo que se estaba en la parte alta del noveno *inning*). Para la parte mexicana, esa no iba a ser la parte sustantiva de la agenda. El vocero presidencial deslizó la semana pasada la versión extraoficial de que no siendo una reunión trilateral, el TLC apenas figuraría en las conversaciones. Cuando más se fijará una fecha para que se reúnan de nuevo los negociadores (como si para eso fuera necesaria la cita presidencial).

En el interrogatorio con la prensa, Bush fue obligado a manifestarse acerca del tema candente, el de Alvarez Machain y los secuestros. Salvo que la traducción sea inadecuada, Bush simplificó tanto que tomó el pelo a sus oyentes, cuando explicó que "la Suprema Corte de Justicia determina las leyes en nuestro país". Como concepto general no es correcta la afirmación, pues el poder judicial aplica la ley al caso concreto, mientras que corresponde al Congreso la emisión de las normas generales. Y como excusa para su omisión es mala, porque a él, y a nadie más que él le corresponde decidir en este momento sobre Alvarez Machain. Fue tan evasivo como seguramente lo había sido en la conversación con el presidente Salinas, porque éste se sintió compelido a explayarse en el asunto, sin pregunta expresa, y a pesar de la insistencia de Bush de concluir cuanto antes la conferencia de prensa. No dijo Salinas nada nuevo. Pero en el contexto en que lo repitió, quedaba claro que el encuentro se había frustrado. Reiteró que la sentencia de la Corte es "inválida e inaceptable, ...contraria a derecho internacional"; que Alvarez Machain debe ser repatriado; que la actuación policiaca norteamericana en México se constriñe a transmitir información; que se pedirá revisar el tratado de extradición; que la oferta de Bush de no secuestrar más es bienvenida, pero se castigará con mayor energía a quien lo hiciera; y que se emprenderán acciones en foros multilaterales.

Y eso fue todo. Se anunció una reunión ministerial para ultimar detalles sobre el TLC. Pero no se avisó de una nueva consideración del caso del médico tapatío secuestrado, ni de las otras personas sustraídas de México contra la ley, y actualmente enjuiciadas en México. Es claro que la suerte de Alvarez Machain, por lo menos, está en manos de Bush. Así lo dijo expresamente la Corte en su resolución. Bush no se disculpó, no explicó, no prometió. Se puede conjeturar que la época electoral es impropia para asumir decisiones de ese género, que satisfarán a unos pero incomodarán a otros. Y a la hora de los votos cuentan todos.

El presidente Salinas viajó de balde.